

para armonizar con ellas. Aquel día, yo tuve el delirio sentimental de que despedíamos ya a D. Julio Carrilero; hoy lo tengo de que despedimos aún a D. Francisco Albiñana. Y es que por una misteriosa rebeldía del espíritu, por no sé qué obscura resistencia, mi afecto protesta de que nos abandonen tan grandes maestros, tan venerables compañeros; y por una ilusión de esta rebeldía entonces fingió que se iba D. Julio Carrilero porque aún se quedaba; y hoy finge que se queda D. Francisco Albiñana porque ya se ha ido. Si la muerte oficial es un trámite burocrático, y el borrar un nombre del escalafón, no importa, nosotros grabaremos estos nombres con letras de oro sobre la lápida del recuerdo, los esculpiremos con caracteres de sangre en las fibras del corazón. Dichosa vida, verdadera vida, que no ha de temer las asechanzas crueles del espantajo fatídico de la muerte, siquiera sea ésta una muerte oficial.

Y en realidad nada más debiera yo añadir. Pero hay algo ineludible: hoy termina una vida oficial, y cuando se rinde una vida oficial tan ejemplar tan bondadosa y digna, es un deber proyectarla sobre la pantalla del presente para que sea ejemplo y esperanza del futuro y norma imperativa de nuestra voluntad en el mañana.

Hoy nos va a explicar D. Julio Carrilero su última lección. Seguramente, no podría ser de otro modo, esta lección será la esencia de toda su larga labor realizada, la esencia de un maestro que sabe poner en ella su maestría; será toda su vida.

En la vida de D. Julio, destacan los dos valores más altos que aureolan el prestigio humano: la bondad y el Arte. ¡Qué dos grandes ideas, qué dos conceptos tan excelsos! La virtud y la belleza. Es D. Julio un hombre bondadoso, excesivamente bondadoso, y por ello un temperamento de artista; pero la fuerza poderosa del arte había de fortalecer necesariamente su virtud bondadosa, porque es, ante todo y sobre todo, un corazón generoso que desborda oleadas de ternura, y un cerebro que modula sus pliegues obediente al ritmo del corazón. Hizo sacerdocio de su bondad como un artista que sueña las fantasías del bien; quizá creyó como Sócrates que no hay ciencia más alta que la virtud, y que la virtud puede aprenderse. De su cátedra de Dibujo salieron raudales de enseñanza y así ha ido formando día tras día, año tras año, el espíritu de varias generaciones con esa virtud que yo no sé si será más propio decir, tan humanamente divina o tan divinamente humana.

Porque las huellas que nosotros podamos imprimir sobre los cerebros, podrán tal vez borrarse algún día; las que D. Julio grabó no se borrarán jamás, porque él las grabó en el alma y no se olvida nunca cuando se tiene un alma generosa, noble y honrada.

Quiero evocar ahora una anécdota de la vida de Marcial, el gran poeta español que dió gloria a las letras romanas. Cuenta él mismo que en los años plácidos de la senectud, cuando aquietadas las pasiones, gozaba el tranquilo reposo de su casa aragonesa, sesteando un día bajo la sombra deliciosa de su emparrado, apareció de súbito una cohorte romana que desfilaba. Al frente de ella, un viejo centurión, agobiado por el peso de su casco, flotando al aire su blanca cabellera. Al llegar frente a él, se detuvo, hizo un esfuerzo y apoyándose sobre su espada con ambas manos, declamó estos versos del poeta Virgilio: «Fortunate senex! ergo tua rura mane: bunt».

Yo pienso que la vida laboriosa, digna y ejemplar y de hombre de bien de D. Julio Carrilero, bien ha merecido la recompensa que comienza a disfrutar: una riqueza de afectos entrañables, una consideración de reverente respeto, una serenidad augusta a la que no puede turbar la preocupación de un solo enemigo y el cariño sincero y vivo de quienes se forjaron en la fragua espiritual de su magisterio y de quienes tuvimos la dicha de convivir con él.

A mí no me queda más, que desgranar mi temblorosa emoción y decirle también aquella hermosa frase de Virgilio: :

¡Dichoso viejo eres tú; pues que tal tesoro conservas!

Y ya, nada más.

Don Antonio Alfaro

Dice que él trae la representación de esta provincia, y por lo tanto su presencia en este acto es puramente oficial, hace resaltar, que todos los oradores que le han antecedido han elogiado la personalidad de D. Julio, que a él ya no le quedan palabras para expresar sus sentimientos de cariño al «maestro».—Pregunta sobre el significado de la fiesta, pues se ha encontrado que más que acto de jubilación y despedida es una muestra de amor filial al profesor. Dice que todos debemos rendir pleitesía a D. Julio. Albacete no puede hacer otra cosa.—

Alude al «viejo casón» donde estaba instalada la Escuela de Artesanos, a la gran labor desarrollada por los ilustres profesores entre ellos los fundadores D. Julio, D. Gregorio Villagrasa y